

Del buen lector y el escritor

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

“Cuántos libros puede leer un hombre en su vida? Ayer tarde nos preguntábamos L. R. y yo. Hicimos el cálculo: no más de cuatro mil. ¿Y qué son cuatro mil libros para estar, por ejemplo, al tanto de la literatura mundial y poder escribir una recensión? Una verdadera porquería, sobre todo si se descuentan los libros infantiles y demás: el *Ulysses*, de Joyce, o *Guerra y Paz*, de Tolstoi, consumen seis y ocho turnos de libro normal. ¿Y si se trata de leer un libro alemán? Conclusión: que vivimos en la hipocresía usando este estilo de “como ustedes saben”, suponiendo que todo el mundo con quien hablamos *tout lu*”.

La anterior transcripción es una página arrancada al diario de José María Valverde, poeta español, a cuyas palabras se ha aludido en más de una ocasión. Se plantea, crudamente, un problema común al hombre del trópico y de las ciudades europeas. Al lector ávido, intelectual sediento, hombre nuevo con su pequeña lámpara y su ámbito de vuelo.

Lectores a destajo, hemos asistido al espectáculo de la medio-

cridad encuadernada y también releído, por obligación, los tomos de más de una segunda, dudosa edición. Al margen de la vida moderna, regresamos a la sorpresa repetida de los libros antiguos. También buscamos rutas imprevistas. La advertencia inicial de Valverde, bien podría servir de guía de salvación para lectores incautos. Lo mismo que para aquellos que, acaso, no lo somos en grado extremo.

Dentro de la polifacética inquietud contemporánea, estas frases, que pertenecen al limbo personal de una confesión, son una certera admonición. Un aviso de la imposibilidad absoluta de concentrar, dentro del margen de la memoria, todo el complejo del universo escrito. Ejemplo para el espectador del mundo, norma de humildad y completo aprovechamiento de nuestro tiempo de lectura, para ajustar todos los días, que no regresan, a una regla de sencillez espiritual y de urgente especialización.

Después se podrá repetir, con serenidad, ante el pedante que esgrime su falsa cultura, como un

carcaj de baratijas, si la pregunta llega a barajarse:

Señor, disculpe usted, ese libro que cita, con sabiduría abrumadora, tampoco he tenido tiempo de leerlo... Permítame que así lo confiese, en acto de elemental sinceridad. Quizás existan autores que usted no conoce ni siquiera por la pasta, ni en los catálogos de librerías y bibliotecas.

.....

Parece imposible trazar un límite entre la pereza y la diligencia. Los moralistas enfrentan, en singular combate, estas facetas de la naturaleza humana, y dan por descontado el triunfo de la acción sobre el quietismo. Muchos de los llamados hombres de empresa desconocen toda actividad diferente al género de ocupación que los embarga, como si la vida fuera una deidad insaciable en cuyas aras hay que sacrificar toda posibilidad de reposo, la plenitud del alma. Claro está que existen excepciones. Pertenecen a la casi extinguida raza de los mecenas, a los propulsores del progreso científico o a la categoría de los espectadores comprensivos, que asisten al proceso de la creación estética y reconocen, que es tan digna de admiración la obra del escultor, del poeta, del pintor, del músico como la faena productiva del comerciante, del industrial, del labriego o del burócrata de un establecimiento público.

Escribir un libro, modelar una estatua, componer o ejecutar una sinfonía, son labores prolijas, por lo menos equiparables a construir un edificio, gerenciar un banco, administrar una hacienda. Con la evidente diferencia del provecho económico tangible, en los últimos

casos, y de la honda fuente de satisfacción interior que fluye de la realización de los quehaceres artísticos. Con razón se habla también de una propiedad intelectual, cuyos derechos y prerrogativas se estructuran y mueven en el ámbito del Código Civil.

Tal era el curso de las reflexiones que, en voz alta, iba urdiendo, mi amigo, el escritor, que tiene en su haber varios libros y un nombre literario, conquistado después de muchas vigiliyas y fatigas.

Renunció al lucrativo ejercicio de una profesión, coronada satisfactoriamente, en la cual habría alcanzado fáciles victorias, para ser fiel a su vocación letrada. Jamás se arrepintió de su voluntaria elección, porque nunca exigió a la existencia más de lo que ella, le ofrecía, en forma espontánea, sin conmiseración, como pago y nunca como dádiva. Jamás lo corroyó el resentimiento, ni la mortal envidia opacó la tácita claridad de su horizonte. Le bastaba con su diaria porción de pan, de amor y de alegría, en la discreta paz de su conciencia.

Cumplía él con su deber, sencillamente, como buen aldeano trasplantado a la ciudad. No se ufana de hacer cosas extraordinarias, ni en la política ni en la burocracia, porque aquel no era su reino. Trabajaba en su obra, con fervor inexhausto, hasta que alguien resolvió extrañarlo de sus dominios terrenales, y adujo contra él, como argumento máximo, la falsa acusación de pereza, sin medir la trascendencia de sus palabras, la ligereza de sus frases que equivalían a una pequeña excomunión. La verdad era otra. El lo sabía y así lo pregonaba, con seguridad en sí mismo, a tiempo que

pensaba en lo fugaz de algunos prestigios, que hoy son y mañana se derrumban, como los castillos que levantan los niños sobre la arena.

Aquí se resume el vehemente monólogo, a manera de tardío encomio del ocio fecundo.

.....

En diálogo fácil, dos escritores comentaban los temas propios del acontecer literario. Sin proponérselo, escudriñaban los gérmenes de su arte, desde el llamado adolescente de la vocación —en uno— y del tardío despertar —del otro— al mundo más real de las imágenes. El poema surgía, en el primero, como una llama, al contacto del mundo circundante; en el segundo, el motivo lírico tomaba cuerpo, bajo la incitación libresca, el musical impacto, la presencia del cuadro o la escultura. Procedimientos verbales diferentes, tratamiento distinto de la imagen, que es el pedestal de la poesía. Pero por rutas encontradas confluían a la misma meta de la belleza, llenos del temblor de los nidos, cuando llegan las aves.

Así cumplía, cada uno, su destino de creador de belleza, que ambos aceptaban con responsable acatamiento. Son dos poetas de tiempo incompleto, porque su horario hábil está interferido por las ocupaciones propias al común de los mortales, de las que derivan la congrua subsistencia. Ausentes del parasitismo artístico, que absorbe a tantos hombres y mujeres consagrados al ejercicio estético. Quizás, por eso, la poesía de estos amigos trascendía a humanidad, y en cada página era posible asir el pulso de la multitud, sentir el tibio vaho de la respiración ciu-

dadana. Lo cual no implicaba, necesariamente, una escritura con mensaje social. Lejos del mural proselitista, del cartel subversivo, de la proclama y de la arenga, su reino sí es de este mundo, en cuanto se nutre de savias vitales y tiempo cotidiano.

—Si escribo, comentaba uno, con sencilla convicción, es porque tengo fe en las palabras que entrego al editor. Si así no fuera, hace mucho, que habría renunciado a esta hermosa tortura de traducirme cada día, en símbolos cordiales, verterme en el paisaje de la infancia. —Yo, en cambio, confesó su interlocutor, dudo de todo cuanto escribo. Casi que pudiera decir: Dudo, luego escribo. Si insisto en ello, es porque trato de encontrar mi sombra perdida en cada verso...

Fue así, por imprevistos senderos, como dos poetas se encontraron, en la esquina sola de una ciudad gris, a la hora en que el reloj partía, en dos, la naranja del día. Sus nombres pertenecen a la reserva del poema.

.....

Quien se presenta a un concurso literario acepta, de plano, las reglas del torneo, en la misma medida que el atleta participante en un campeonato. Con la sola diferencia que al escritor lo asiste la fuerza del estilo, en tanto que el deportista emplea su estilo la fuerza. En todo caso, es tan importante saber ganar como saber perder. Sin aspavientos recriminatorios ni triunfos morales. Se proscriben las agresiones al árbitro, así sean verbales, siempre dentro del esquema espiritual de Kempis: Ni porque te alaben ni porque te vituperen...